

zón se sienta destrozado y que la más terrible angustia llene su alma, haciéndola probar lo último y más amargo del dolor.

¡Oh Madre afligidísima! ¿Quién será capaz de concebir la extensión de tus amargas penas? ¿Quién podrá sondear esos abismos de tristeza y amargura, donde tu alma sensible descendió al contemplar las agonías y la muerte del Divino Salvador? Cada cual de sus santísimas palabras era una saeta que penetraba vuestro tierno corazón; una nota que hacía mover, honda y tristemente, las más delicadas fibras del dolor. Mas todo lo sufriste por cumplir la voluntad de Dios y ser la corredentora de los hombres; ¿con qué te pagaremos tanto amor, el sacrificio de tu Hijo, la voluntad sublime y generosa con que ofreciste por salvarnos su inocente vida, los inmensos dolores que oprimieron tu alma en el Calvario? No tenemos sino lágrimas de dolor y de ternura, un corazón que se deshace por amarte, y que bien quisiera dar la vida por Ti, querida Virgen. Tú nos inspiras la más viva y tierna compasión: contemplar delante de tus ojos al Señor, que muere en un piélago inmenso de dolores; oír sus últimas palabras; estar mirando los movimientos convulsivos de su cuerpo, las congojas de su divino corazón, tan triste y apenado, y todo esto durante largas horas; y mientras tanto, Vos ¡oh Madre incomparable! contáis despacio, una por una, todas sus angustias, hasta recoger, por último, su postrer aliento..... Dejad que lloremos un instante á vuestros pies, pues bien sabemos que nuestros pecados fueron los que causaron los dolores de

Jesús y vuestras amargas penas. Por estos mismos, dadnos ¡oh Sagrada Madre! un dolor muy vivo de todas las ofensas que hemos cometido contra Dios, y sea nuestro pesar el consuelo que os presenten vuestros hijos, que quieren disminuir los dolores que por ellos sufriste en la pasión y muerte del Señor.

CAPÍTULO XVI.

EL SANTO SEPULCRO.—MARÍA EN LA SOLEDAD.

§ I.



A muerto el Salvador!..... La angustia y los dolores de la Santa Madre ya no caben en su pecho; habíalos represado en sus entrañas virginales, porque, ¿cómo aumentar con ellos los tormentos de Jesús? Pero ya el Hijo amado no verá las lágrimas ni podrá escuchar los tristes sollozos de María; que desahogue, pues, la Santa Madre su corazón, y derrame sin descanso su amoroso llanto. Antes no se animaba, por ventura, á poner sus ojos detenidamente en el rostro de Jesús; mas hoy le puede contemplar sin temor ninguno, porque Ella sola es la que sufre: así lo hace, y con tal vista, su alma queda saciada de amargura. Pero aun no ha llegado el

fin de sus dolores. Un horrible espectáculo presentase á sus ojos: se acercan los soldados, y rompen las piernas de uno y otro de los ladrones que fueron crucificados con Jesús: el Señor está ya muerto y no le quebrantan las piernas; pero uno de los soldados, con la lanza le abrió el costado, y luego al punto salió sangre y agua (1). ¡Oh Madre de Dios! ¿Quién podrá decirnos el dolor inmenso que sentiste en ese instante? Verdaderamente, vuestro corazón ha sido traspasado, pues más bien que en vuestro pecho, estaba en el seno de tu Hijo. ¿Qué sería para Vos contemplar aquel Santuario de la divinidad, objeto de vuestras delicias, tan indignamente profanado? Él era vuestra continua morada; pero ved, Madre afligida, hasta dónde llega el furor de los enemigos de vuestro Hijo: invaden el inviolable asilo donde os habíais refugiado durante la tremenda tempestad; os quieren arrojar de ese Templo donde estais rindiendo á Dios la más pura y sublime adoración. ¿Qué haréis, paloma celestial? ¿Por ventura los hombres que así han abierto el costado de Jesús, os harán dejar ese nido sacrosanto donde Dios mismo os ha llamado para que descanséis un poco?

Es preciso, y es llegada la hora en que desclaven y bajen de la cruz el cuerpo del Señor. María lo recibe en sus brazos y lo contempla unos momentos en medio de angustias indecibles; registra una por una todas sus heridas; está su cabeza traspada con espinas; María tiene que des-

(1) Joann., XIX, 32, 34.

prenderlas; mas ¡ay, cuánto cuesta el hacerlo al corazón de esta tierna y afligida Madre! Aquella cabeza tan hermosa, que contiene todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, que siempre se ocupó en el bien de los mortales, está llena de sangre. María, en seguida, acaba de cerrar los ojos de Jesús, en los que contemplaba siempre la majestad de Dios y la ternura amorosísima de su Hijo; junta los labios lívidos y fríos de la Sagrada Víctima, y contempla luego su divino rostro, donde descubre las tristes huellas de las bofetadas y salivas; toma una y otra mano del Divino Salvador, y mira el destrozo causado por los clavos; las riega con su llanto, y una y otra vez las besa con intenso y profundísimo dolor: lo mismo hace con los pies sagrados. Mas ¡ay! que todavía le queda la herida más profunda, que le causó á Ella misma, tal vez, el mayor de sus dolores, la del costado; la Santa Madre, como fuera de sí misma, y derramando ardientes y copiosas lágrimas, pega sus labios á tan sagrada fuente, y bebe sin medida los raudales del amor de Dios; allí descubre más perfectamente la ternura infinita del Señor hacia los hombres, y la ingratitud inmensa con que estos mismos corresponden á ese amor. ¡Cuánto siente en ese instante nuestra tierna Madre el olvido y los pecados con que ofendemos al Señor! ¡Cuán amargas son sus lágrimas y profunda é inconsolable su aflicción!

¿Quién de los que amamos á esta tierna Virgen no querrá llorar sus extravíos, y dejando la senda del pecado asimismo, no quisiera disminuir su indecible y enorme pesadumbre? Pues era su

aflicción mayor por los pecados de los hombres, que por la misma muerte de su Hijo (1).

Es indispensable dar sepultura al cuerpo del Señor, y para esto lo embalsaman y amortajan con lienzos (2). María, que ha cerrado los ojos de Jesús, no puede recoger los sagrados brazos, que quedan siempre abiertos para recibir al pecador (3). Dadle vuestra postrer mirada, Madre afligida, y entregadle para que sea puesto en el sepulcro.

El sepulcro del Señor, hé allí la cisterna donde fué arrojado en otro tiempo el hijo de Jacob; el lecho de Salomón, rodeado de 60 valientes de los más esforzados de Israel; el lago de Daniel, donde este Profeta no recibió ningún daño de parte de los leones; la mansión en que Jonás estuvo por tres días y por tres noches. El sepulcro de Jesús, la piedra más rica y estimable que la más valiosa joya, el tesoro más preciado que no han tenido en sus arcas los príncipes y grandes de este mundo, pues ha encerrado, no el oro ni las riquezas que se acaban, sino el cuerpo del Señor, que vale más que los cielos y la tierra (4). El sepulcro de Jesús, objeto del más tierno cariño de los hombres, verdadero santuario del Señor, tabernáculo sagrado del que salió el Hijo del Eterno, como esposo que sale de su tálamo, resplandeciente de gloriosa majestad, bellissimo sobre todos los hijos de los hom-

(1) D. Bernar., Medit.

(2) Joann., XIX, 40.

(3) Stæ. Birg. Revel., L. IV, c. 70.

(4) Officium. Smi. Sepulchri.

bres, inmortal, poderoso, y para reinar eternamente en los cielos y en la tierra. ¿Habrá en el mundo un lugar más amado de los hombres, lleno de encantos y misterios, de recuerdos tristísimos y amados, de esperanzas más puras y hermosas que la luz? Las sombras de ese santísimo sepulcro son tan suaves, y enternecen al alma en tanto grado, que las lágrimas brotan sin sentirlo de los ojos, y son tan bellos sus santos resplandores, que parecen los últimos reflejos que hacen llegar hasta nosotros la luz que brilla en las eternas regiones de la gloria. Y así es en realidad.

Mas si fué necesaria para nuestra salud la muerte del Señor, ¿para qué despues de ella colocar su Santo Cuerpo en el sepulcro, poniéndolo en un profundo calabozo, en lugares tenebrosos, entre las sombras de la muerte? ¿Para qué contarlo con los que descienden al lago, y cual hombre sin socorro, siendo vivo, entre los muertos, y tenerlo como los heridos que duermen en los sepulcros, de quienes no se acuerda Dios, y están desechados de su mano? (1). Hé aquí lo que sobre esto nos dice el Ángel de la Escuela: «Fué conveniente que Jesucristo fuese sepultado, porque así quedaba demostrada la verdad de su muerte; pues ninguno es puesto en el sepulcro sino cuando ya nos consta que en verdad ha muerto: por esto, Pilato, antes de entregar á José el cuerpo del Señor, se aseguró de que realmente Su Majestad había ya muerto» (2).

(1) Ps. LXXXVII, 5, 7.

(2) Marc., XV, 45.

Al salir Jesucristo del sepulcro, brillará para nosotros hermosa y pura la esperanza de resucitar el día que Dios llene de gozo nuestros huesos, humillados por la muerte; porque los que están en los sepulcros oirán la palabra del Hijo de Dios, y aquellos que la escucharen, revivirán (1).

El sepulcro del Señor, ¿no es, por ventura, símbolo de aquella dulce mansión, obscura y solitaria, donde tienen que vivir los que desean imitar á Jesucristo? Mansión á la cual, asomándose San Pablo, decía á los que en ella estaban: «Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (2). ¡Qué símbolo tan bello, qué imagen tan perfecta!

Han concluído todos los negocios de este mundo; en la triste y silenciosa atmósfera de la tumba no vuelan las brisas del amor profano, ni resuenan los cánticos alegres que en otro tiempo llenaban de placer el corazón del hombre. Mas hé aquí una diferencia: los muertos de que hablamos, tienen sin movimiento el corazón, y su cerebro ya no piensa más; pero aquellos á quienes el Apóstol ha dirigido su palabra, tienen una vida oculta en Dios y en unión de Jesucristo. Muertos al pecado, reciben continuamente la divina influencia de la gracia, que les da una vida del todo celestial; por esto el mismo Apóstol se expresaba de esta suerte: «Haced morir los miembros del hombre terreno que hay en vosotros; la fornicación, la impureza, las pasiones deshonestas, la concupiscencia desor-

(1) Joann., v, 25.

(2) Coloss., III, 3.

denada y la avaricia, que viene á ser una idolatría... Desnudaos del hombre viejo con sus acciones; vestíos de nuevo, de aquel que, por el conocimiento, se renueva según la imagen del que le crió (1). Por esto, los que en el bautismo mueren al pecado por la muerte del Señor, son juntamente sepultados con Él bajo las aguas que les dan la vida» (2).

Pasemos á otras consideraciones sobre el mismo asunto.

El sepulcro estaba en un huerto, recordándonos aquel otro en que nuestros primeros padres comieron la fatal manzana, incurriendo en la más triste y afrentosa esclavitud, que sólo tiene término por la muerte y el sepulcro del Señor (3).

Jesucristo es colocado en un sepulcro ajeno; ¿cómo pudiera hacerlo en el propio, el que no tiene en sí mismo sino la vida? ¿Tener sepulcro acá en la tierra, el que tiene su asiento en el Empíreo? ¿Sepulcro para Aquel que sólo había de estar en sus entrañas por espacio de tres días, no tanto como muerto, que cual hombre que descansa sobre un lecho? El sepulcro es la mansión necesaria de la muerte, luego no era para morada de Jesús, que es la vida; y no necesitaba el que vive eternamente la triste habitación de los difuntos (4).

Finalmente, quiso Jesucristo que su Santísimo

(1) Coloss., v, 10.

(2) Rom., VI, 4. D. Th., P. III, Q. 51, a. 1.

(3) D. Th. Cit., a. 2. Ad quartum.

(4) D. August., Sermon. 133. De tempor.

Cuerpo fuera envuelto en una sábana que le dió José, y colocado en ajena sepultura, para manifestarnos su constante y extremado amor á la pobreza. Al Dios que durante su vida no había tenido casa en que vivir, y que dijo: «Las raposas tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza» (1), no corresponde otra mortaja, ni conviene otra mansión donde duerma por tres días el sueño de la muerte (2).

Estaba cavado el sepulcro en que fué colocado el cuerpo del Señor, en una peña, para recordarnos que debemos siempre traer con nosotros el recuerdo de Jesús, sin olvidar jamás el inmenso amor con que padeció tantas penas por salvarnos (3). Y no es formado de muchas piedras, para que no pudiera sospecharse que había sido extraído el cuerpo del Señor (4). Y esto nos indica la grande piedra que cerró la venerable tumba.

Hé aquí otra hermosa significación del sepulcro del Señor: era nuevo, en él nadie había sido colocado, y abierto en una roca purísima (5): después que recibió el cuerpo del Señor, no ha recibido el de ningún mortal; y sin embargo, todas las naciones han entrado en él para rendir allí la más tierna y humilde adoración: ese sepulcro simboliza el seno inmaculado de María, Virgen

(1) Luc., IX, 58.

(2) Theophilact., in Catena, XIX.

(3) Idem, in Catena, C. XV, Marci.

(4) D. Hieron., in Catena.

(5) Idem, l. I. Contra Jovin., c. 17.

sin pecado, purísima y que no llevó sino á Jesús, y á la que, sin embargo, reconocemos todos por la Madre más tierna y compasiva, ante quien una y otra vez ofrecemos nuestro amor, colmándola sin cesar de gloria y bendición.

Ved aquí las diferencias que notamos entre el sepulcro y el purísimo seno de María. Aquél guardó solamente por tres días el cuerpo del Señor, mientras María lo llevó por nueve meses en sus entrañas virginales. Ese cuerpo sacrosanto era extraño enteramente al sepulcro; pero había sido formado de la pura é inmaculada sangre del seno de María. El cuerpo del Señor no tenía ninguna vida en el sepulcro, si bien estaba inseparablemente unido á la divinidad; en las entrañas de la Santa Virgen tiene, á más de tan sagrada unión, la del alma de Jesús, y aquella vida que la misma Madre le ha comunicado tan dichosamente: en el seno de María está el Señor obedeciendo á su Divino Padre, á quien dice: «Tú no has querido sacrificios ni oblaciones; mas á Mí me has apropiado un cuerpo mortal: holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces dije: «Héme aquí que vengo» para cumplir ¡oh Dios! tu voluntad» (1). En el sepulcro está cumplida ya la voluntad del Padre.

Ahora, dejando aparte todo lo demás, penetremos en el sepulcro de Jesús y veamos qué nos dice en su silencio profundo y misterioso.

El Apóstol nos ha dicho: «Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anun-

(1) Heb., x, 5, 7.

ciaréis la muerte del Señor» (1). El sepulcro, pues, del Divino Salvador simboliza el corazón de quien lo recibe en la Sagrada Eucaristía: procuremos, por tanto, descorrer los velos de ese símbolo.

En el sepulcro no hay sino el cuerpo del Señor, envuelto en una limpia sábana, la corona de espinas y los clavos, testimonios de su inmenso amor hacia los hombres: quien se acerca á los misterios santos, debe llevar un corazón muy puro, de otra suerte, le comprenderán estas terribles palabras de San Pablo: «Cualquiera que comiere este pan, ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor.» Tenemos, pues, que una comunión sacrílega ofende á Jesucristo aun después de muerto, y crimen tan horrendo imita la maldad de los judíos, que insultaron al Señor después que hubo expirado en un madero (2). Mas si nos llegamos á la santa Mesa habiéndonos probado de antemano, ¿podrá existir para nosotros más dulce y copiosa bendición que la que tiene prometida Jesucristo: Quien comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi misma carne..... Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, en Mí mora, y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado, vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por Mí» (3).

¿Qué misterio es éste que se nos anuncia entre las sombras del sepulcro y los tristes recuerdos de

(1) I Cor., XI, 26.

(2) D. Chrysos., Hom. 45, in Matth.

(3) Joann., VI, 52-55, 58.

la muerte de Jesús, cuando se trata de la vida que nos da la Divina Eucaristía? Asimismo, ¿qué vida es esa de que se habla, que ya se dice que la tenemos con nosotros, ó ya se nos promete para un tiempo venidero? Recordemos estas palabras de San Pablo: «Á los que Dios tiene especialmente previstos, también los predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo Jesucristo; por manera que sea el mismo Hijo el primogénito entre muchos hermanos, el primogénito de entre los muertos (1). Ahora bien: ¿por ventura no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas, y entrase así en su gloria? (2). Aun dejando aparte que la muerte es el castigo del pecado (3), al ver que el Hombre Dios, Jesús, nuestro pontífice, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, y sublimado sobre los cielos (4), ha penetrado las regiones del sepulcro, ¿quién no descubrirá la conveniencia, la necesidad imprescindible de morir? Seguir las huellas del Señor, llevar en nuestro cuerpo, como el Apóstol, las llagas del Divino Salvador, ¿no será para nosotros una gloria que jamás llegaremos á cambiar por otra alguna? Si esta casa terrestre en que habitamos viene á destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa no hecha de mano de hombre, y que durará eternamente. Que aun por eso aquí suspiramos, deseando la sobrevestidura del ropaje

(1) Rom., VIII, 29. Apoc., I, 5.

(2) Luc., XXIV, 26.

(3) Rom., VI, 23.

(4) Heb., VII, 26.

de gloria, la habitación nuestra del cielo, si es que fuéremos hallados vestidos de buenas obras, y no desnudos:.... Y el que nos formó para este estado de gloria, es Dios, el cual nos ha dado su Espíritu por prenda. Por esto estamos siempre llenos de confianza; y como sabemos que, mientras habitamos en este cuerpo, estamos distantes del Señor y fuera de nuestra patria....., en esta confianza que tenemos, preferimos más ser separados del cuerpo, á fin de gozar de la vista del Señor. Por esta razón, todo nuestro conato consiste en hacernos agradables al Señor, ora habitemos en el cuerpo, ora salgamos de él para irnos con Dios (1).

Hé aquí los bellos y consoladores misterios que vamos descubriendo entre las sombras del sepulcro; pero aun hay más: el Apóstol nos habla de la divina y maravillosa unión del alma con su Dios, cuyo encanto y atractivo nos hace suspirar, deseando que llegue nuestra muerte para conseguir con ella la dicha más cumplida: suspiros y deseos que mandamos desde lejos al corazón de nuestro tierno Padre; más ¿donde estamos? En el sepulcro del Señor: aquí tenemos su sagrado cuerpo, podemos estrecharlo en nuestros brazos con sagrada y deliciosa unión, vivir con Él, y gozar sus íntimas caricias. Es nuestro corazón el sepulcro de que hablamos, y el cuerpo de Jesús el que recibimos en la santa Comunión. ¿Podemos no tener la vida, teniendo con nosotros á Jesús? Y esta vida ¿no será la bella y refulgente aurora que nos anuncie los vivos y ardientes resplando-

(1) II Cor., v, 1, 9.

res que el sol nos mandará al contemplarlo en el cenit?

Mas entretanto, bien sabemos que los que visitan las tumbas de personas que amaron en la vida, llevan el corazón cargado de tristísimos recuerdos, y la funesta soledad en que se lloran es para ellos demasiado amarga: esas visitas de que hablamos parecen acercarlos á los que han perdido; con ellos conversan, si podemos decirlo, porque de todas las tumbas de los que mueren en Jesús, sale una voz que contesta los sentimientos y palabras que vertemos sobre un polvo inanimado. Esto nos explica la gran ternura que el alma siente cuando piensa en el sepulcro del Señor; y no es que su cuerpo sacrosanto se haya confundido con el polvo de la tumba, ó esté al presente inanimado, sino que el amor derrama lágrimas, y va besando los sitios todos por donde ha pasado Aquel que forma los encantos de su vida, que ve renovada en todos ellos; á cada instante aparece ante sus ojos la santa y dulce imagen de su Amado, y va descubriendo por doquiera las pruebas que le dió de su cariño. Por esto, los recuerdos que hacemos de la tumba del Señor, producen en nosotros amable y sentidísima delicia; lloramos, pero es tan dulce y amoroso nuestro llanto, que bien quisiéramos estar llorando siempre; siente el alma vivísimo dolor, mas tal dolor, al desgarrarnos, va derramando en las heridas que hace, un bálsamo de celestial consuelo. Recordar los tormentos de Jesús, el amor inmenso que tuvo á los mortales en la vida; llorar, en fin, nuestros pecados que causaron su pasión;

hé allí tres hermosas fuentes que inundan de ventura el alma, cuando descende á contemplar las sombras del sepulcro en que Jesús durmió por nuestro amor el sueño de la muerte.

El sepulcro del Señor fué cerrado con una grande piedra, y sellado y custodiado por la guardia de Pilato. Cuando hemos recibido el cuerpo de Jesús, nuestro corazón debe cerrarse á todos los afectos de la tierra, para estar ocupado únicamente en el servicio del Señor (1); porque entonces Su Majestad está diciendo á nuestras almas: «Ponme por sello sobre tu corazón, ponme por marca sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte, implacables como el infierno los celos; sus brasas, brasas ardientes, y un volcán de llamas» (2).

Contemplemos un instante la hermosura del celo del Señor. «Yo he tenido grandes celos de Sión, y mis celos por causa de ella me irritaron en gran manera» (3). Mas ¿de quién tiene celos el Señor? De unas miserables criaturas que no merecen ser mentadas en presencia suya, y á las que, sin embargo, ama con ternísimo cariño. Oigamos cómo Su Majestad reclama todo su amor. Decía Elías en otro tiempo al pueblo de Israel: «¿Hasta cuándo habéis de ser como los que cojean hacia dos lados? Si el Señor es Dios, seguidle; y si lo es Baal, seguid á Baal» (4). Quiere todavía el Señor

(1) B. Hilar., Can., 34.

(2) Cant., VII, 6.

(3) Zach., VIII, 2.

(4) III Reg., XVIII, 21.

impedir que dividamos nuestro corazón, y por esto dícenos también otro Profeta: «Está dividido su corazón, y perecerán luego. Les hará el Señor pedazos sus simulacros, y derrocará sus altares» (1). Tenemos, pues, que el amor divino, descendiendo desde la más tierna insinuación hasta llegar á las tremendas y espantosas amenazas, exige siempre la entera consagración de nuestras almas, y nos descubre al fin el triste y funesto resultado de nuestra mala conducta. «Arasteis, decía el mismo Profeta que acabamos de citar, para sembrar impiedad, y habéis segado iniquidad, y comido un fruto mentiroso. Pusisteis vuestra confianza en vuestros planes y en la multitud de vuestros valientes. Se levantarán alborotos en el pueblo, y serán destruídas todas vuestras fortalezas, como fué destruído Salmana en el día de la batalla, por el ejército de Gedeón, que tomó venganza de Baal, habiendo quedado estrellada la madre junto con sus hijos. Hé aquí lo que debéis á Betel: tal es el resultado de vuestras perversas maldades» (2).

Verdaderamente es incomprendible el amor de nuestro Dios. Su infinita grandeza, su eterna gloria, ¿cómo pueden empeñarse tanto por obtener el corazón del hombre, ser tan ruin y miserable? Mas Dios así lo quiere por ventura nuestra. ¿Podremos resistir su voluntad? Delante de nosotros están el agua y el fuego: podemos extender la mano á lo que más nos agradare: la vida y la muerte, el bien y el mal; lo que escogiéremos nos

(1) Osee, X, 2.

(2) Osee, XIII, 15.